

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Indice por materias

ACTOS OFICIALES

Acuerdo N° 2 de 1940.—Honrando la memoria de Luis	61
Euclides Murcia	117
Provisión de Colegiaturas	121
Discurso de recepción.—Eduardo Buenaventura Lalinde	
Documentos en torno a la Crónica del Colegio del Ro-	
sario 127 y	XIV
Carta del Ilustrísimo señor Rector al doctor Barriga Vi-	
llalba	XI
Respuesta del doctor Barriga Villalba	XII
Discurso en el homenaje al doctor Barriga.—Julio Esco-	
bar F.	XIII
Clausura de estudios en 1941	II
Graduados en Jurisprudencia en 1941	III
Alumnos de último año de Jurisprudencia en 1941	V
Bachilleres en 1941	V
Crónica de la Quinta de Mutis en su 10º aniversario de	
apertura	V
Homenaje al Rector.—Rafael Maya	311
Elección de Rector	314
Evocación.—Discurso de D. Luis Carlos Sánchez con oca-	
sión del 10º aniversario de apertura de la Quinta de	
Mutis	IX

DERECHO Y SOCIOLOGIA

Mística y Política.—Los fundamentos del nacional-socia-	
lismo.—Leopoldo Uprimny	9
El adolescente de hoy.—Alberto Hurtado Cruchaga	24
La patria y el régimen político.—Eliseo Arango	65
Nuevo rumbos.—Liborio Escallón	73
La Eutanasia como problema moral, juridico y médico.—	
Carlos Thonet	96

Avalúo de agencias en Derecho.—José del Carmen Mesa	129
La destrucción de los bosques en Colombia.—Carl Sapper	II
La misión de la juventud contemporánea.—F. A. Vuillermet	193
La infición germana en el Derecho.—Jaime Rodríguez Fonnegra	298
La teoría de Giorke sobre la personalidad jurídica.—Leopoldo Uprimny	303

HISTORIA

El general Hermógenes Maza.—Carlos Cortés Vargas	265
La Cruz de Calatrava.—Alfredo Delgado Plaza	II

LITERATURA Y CRITICA

Epístola a Pablo Picasso.—Eugenio D'Ors	40
El agua en la poesía de Juan Ramón Jiménez.—Antonio Tudisco	48
Luis Euclides Murcia.—Tomás Lombo	61
Breve evocación de Luis Euclides Murcia.—Eduardo Robayo	62
El Dux o la política de la vejez.—Rafael Sánchez Mazas	II
Estampa de San Martín.—Gonzalo Zaldumbide	68
La cultura del Renacimiento en España.—El Humanismo.—José Prat	96
La Palabra.—José Vicente Castro Silva	129
Heredia, poeta de hielo.—Andrés Holguín	158
Luis Rueda Concha, el filósofo.—Eliseo Arango	175
El Profesor.—Carlos Holguín Holguín	177
Luis Rueda Concha o la Etica.—Gonzalo Clopatowsky Ospina	180
Recorramos a Bolívar.—Una página de estudiantes	182
Significación y consecuencias del romanticismo en Francia.—Luis Reynaud	217
La poesía de Rabindranat Tagore.—Eduardo Carranza	252
Henri Bergsen.—Raissa Maritain	I
Antonio María Barriga Villalba	IX
Estética de la Conquista.—Carlos Septien García	257
Monseñor José Manuel Díaz	XII

FILOSOFIA

La filosofía de Santo Tomás y el mundo actual.—Jacques Maritain	1
El entendimiento y la vida.—Carlos José Romero	71
Visión espiritual de la guerra.—C. J. R.	86
Filosofía de lo psíquico.—Edwin Tauscher	235

POESIA

El poeta a caballo.—Juan Ramón Jiménez	59
La patria del proscrito.—Rabindranath Tagore	114
La escuela de las flores.—Rabindranath Tagore	115
El último trato.—Rabindranath Tagore	116
El extraño país.—Rabindranath Tagore	225
La noche.—Rabindranath Tagore	226

LIBROS COMENTADOS

La crisis contemporánea.—De Gonzalo Restrepo Jaramillo	XVI
--	-----

INDICE POR AUTORES

Eliseo Arango.—La patria y el régimen político	65
— — — Luis Rueda Concha, el filósofo	175
Buenaventura L. Eduardo.—Discurso de recepción de Colegiales	121
Barriga Villalba Antonio.—Carta de respuesta a Monseñor Castro	XII
Castro Silva José Vicente.—Carta al doctor Barriga Villalba	XI
— — — La Palabra	129
Clopatowsky O. Gonzalo.—Luis Rueda Concha o la Etica	180
Carranza Eduardo.—La poesía de Babindranath Tagore	252
Cortés Vargas Carlos.—El general Hermógenes Maza	265
Delgado Plaza Alfredo.—La Cruz de Calatrava	II
D'Ors Eugenio.—Epístola a Pablo Picasso	40
Escobar F. Julio.—Discurso en el homenaje al doctor Barriga Villalba	XIII
Escallón Liborio.—Nuevos rumbos	73

Hurtado Cruchaga Alberto.—El adolescente de hoy	24
Holguín Andrés.—Heredia, poeta de hielo	158
Holguín Holguín Carlos.—El Profesor	177
Jiménez Juan Ramón.—El poeta a caballo	59
Lombo Tomás.—Luis Euclides Murcia	61
Maritain Jacques.—La filosofía de Santo Tomás y el mundo actual	1
Mesa Machuca José del Carmen.—Avalúo de agencias en Derecho	129
Maritain Raissa.—Henri Bergson	I
Prat José.—La cultura del Renacimiento en España.—El Humanismo	96
Robayo Eduardo.—Breve evocación de Luis Euclides Murcia	62
Romero Carlos José.—El entendimiento y la vida	71
—Visión espiritual de la guerra	86
Reynaud Luis.—Significación y consecuencias del romanticismo en Francia	217
Rodríguez Fonnegra Jaime.—La infición germana en el Derecho	298
Septien García Carlos.—Estética de la conquista	257
Sapper Carl.—La destrucción de los bosques en Colombia	II
Sánchez Mazas Rafael.—El Dux o la política de la vejez	II
Sánchez Luis Carlos.—Evocación	IX
Tudisco Antonio.—El agua en la poesía de Juan Ramón Jiménez	48
Thonet Carlos.—La Eutanasia como problema moral, jurídico y médico	96
Tagore Rabindranath.—La patria del proscrito	114
—La escuela de las flores	115
—El último trato	116
—El extraño país	225
—La noche	226
Tauscher Edwin.—Filosofía de lo psíquico	235
Uprimny Leopoldo.—Mística y Política.—Los fundamentos del nacional-socialismo	9
—La teoría de Gierke sobre la personalidad jurídica	303
Vuillermet F. A.—La misión de la juventud contemporánea	193
Zaldumbide Gonzalo.—Estampa de San Martín	68

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio postal interior. Lic. N.º 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCION: EDUARDO GARRANZA - ADMINISTRACION: A. DELGADO PLAZA

Volumen XXXVII — Bogotá, Febrero y Marzo de 1942. — Nos. 357 y 358

Causas del desequilibrio universal⁽¹⁾

Azota hoy a la humanidad, con encono en cada país, en cada clase social y quizás hasta en cada individuo, una crisis universal, consistente en cierto desequilibrio que abarca los órdenes todos: político, económico, social e intelectual. Nadie ignora el fenómeno, pero se quieren desconocer sus causas y buscarle, en vano, una cura allí donde no podrá ser hallada.

Como la crisis está animada por razones de orden moral, morales han de ser su remedios. Y aquí nuestra explicación.

La crisis actual, bien que parezca pasajera, es fundamental. desde sus raíces. Los hombres carecen de moral, siendo nuestros males presentes, con todas sus variedades, los mismos que han aquejado y aquejarán a la humanidad, siempre, que ella destruye los equilibrios naturales, cada vez que desconoce la ley de la naturaleza y olvida su destino y su fin. Y el olvido del destino del hombre ha adquirido hoy forma especial en el excesivo desarrollo de ese nuevo Leviatán que es el hombre colectivo. La humanidad nos ha llevado al olvido del hombre, o, para mejor precisar, mirando las cosas desde un campo práctico, el hombre colectivo, que encarna lo que se llama humanidad, esa abstracción: *hombre colec-*

(1) Traducción que de la "Vie morale et l'au delà" hemos recibido para la REVISTA DEL ROSARIO.

tivo, monstruo rendido a los más bajos instintos, únicos capaces ordinariamente de unir a los individuos, el hombre colectivo ha ido suplantando por doquiera al hombre concreto, al hombre individual, a la persona, sujeto de la moral, agente de la tradición y del progreso, sér único en la naturaleza capaz de razón y de libertad, el solo responsable y el único también cuyo destino es inmortal.

Se afirma a menudo, y no sin razón, que padecemos de un *exceso de libertad*, pero, hablando con mayor justicia, pudiéramos decir que sufrimos de una *falta de libertad*. Porque los extremos se tocan y se engendran y, tanto el exceso como la falta de libertad acusan una *ausencia de reglas*. Allí radican las fuentes del mal: La edad moderna ha pretendido dotar al hombre de libertad sin darle reglas y, en tal forma, el régimen de libertad, que es bueno y aún excelente en sí mismo, se ha desatado sin freno ni medida y ha sido desviado y exacerbado por los enemigos del género humano y de la civilización hasta el punto de degenerar en la intolerancia de toda regla, en la negación de toda ley, como si tal negación fuese la esencia de la libertad. La libertad, pues, se ha venido minando a sí misma ya que, sin ley, ella agacha el cuello a toda servidumbre de que precisamente la libera la ley.

¡Y si eso satisficiera al hombre! Pero la libertad sin reglas no place a la naturaleza humana, no satisface sus aspiraciones más hondas. Porque en el hombre hay un doble instinto que solicita complacencia: Un instinto, en cierto modo, subhumano, que, según creencia del hombre, le lleva a ceder libremente a todas las solicitudes de la naturaleza, o lo que con tal nombre se designa; instinto es ése de fácil halago y al que los agitadores de multitudes han acudido siempre, mucho más hoy cuando se promete a cada hombre el privilegio de fabricarse su ley, de vivir sin obediencia, de disfrutar sin trabajo y gastar sin medida. Y existe en el hombre otro instinto propiamente humano, que le hace aceptar la ley, cumplir con sus deberes, restringirse para darse y olvidarse para servir. En ese segundo instinto el hombre ve el orden y también su interés y en él se apoya el legislador sabio para gobernar a los pueblos y conducirlos al bien. Los hombres, como los soldados de Napoleón, refun-

fuñan, es cierto, pero marchan obedientes a una ley que, por sí mismos, no pudieron imponerse pero por cuya imposición clamaban, manifestando así la impotencia humana para conocerse y, aún más, para gobernarse.

A pesar del esfuerzo que desarrollen los malvados para explotar a su provecho el otro instinto que, por perversión de la naturaleza y de la libertad, le lleva a un vivir desarreglado y perezoso, es lo cierto que el hombre, tarde o temprano, vuelve sobre sus pasos, escapando a los apóstoles de la facilidad. Porque el hombre gusta de cumplir con el deber, goza con la vida penosa, con la vida heroica y de peligros, ama el riesgo y el sacrificio, sí, el sacrificio por el supremo ideal a que tiende y del que aspira a hacerse digno. Allí se guarda, a no dudarlo, el más íntimo anhelo del hombre, allí el secreto más extraordinario de su naturaleza y también lo que en ella deja amplísimo campo a la esperanza. ¿Y cómo nos explicamos ese misterio, cómo resolveremos la extraña contradicción de que el hombre, incapaz de darse una ley, sólo acepte la que parece venir de él, o, invirtiendo los términos, cómo entederemos el que el hombre que no puede sufrir reglas extrañas, experimente, sin embargo, la urgencia de ellas?... ¿Cómo expondremos en derecho y, aún más, en los hechos, esa doble exigencia?...

Ha creído hallársele solución al conflicto mediante una autoridad externa, unificadora e imperativa, que implante el orden desde fuera y regule la libertad, restringiéndola hasta suprimirla. Tal autoridad no reprimiría los abusos de la libertad sino destruyendo su uso; no realizaría su unidad sino a expensas de la diversidad. Y ambas leyes, la que unifica y la que diversifica son necesarias para el equilibrio del sér. Y, si la diversidad sin la unidad, si la libertad sin la ley es la anarquía y el desorden, la unidad sin la diversidad, la ley sin la libertad sería la violencia y la nivelación, sería el reino de la mediocridad y, a breve plazo, la muerte, por subversión total del orden. Quiérase o nó, es preciso reconocer con Pascal que "todo es uno, todo es diverso" y, más profundamente aún, que "todo es uno, el uno está en el otro, como las tres Personas". Porque ese es el principio que analógicamente rige al sér y a los seres y, si el absoluto mismo no se confunde con el Uno, si él es la unidad de una diversidad a la que

armoniza sin abolir y concilia sin reducir, ¿qué predicar entonces de lo que no es absoluto y cuyo primer deber es el de respetar la diversidad de los seres y de las cosas, a los que, sólo negando, podría unificar para erigirse él en absoluto? ¿Qué podrá decirse del hombre que, desconociendo sus límites, se hace dios, que, desconociendo la ley, la suplanta, que, desconociendo los derechos y las libertades de los demás, los suprime? La experiencia confirma aquí los designios de la razón. De hecho, todas las dictaduras, pues que hay que llamarlas por su nombre, la dictadura de un hombre y la más temible aún de una masa, son esencialmente precarias; necesarias, en veces, por un tiempo, no son, a lo mejor, sino un remedio al desorden engendrado por la diversidad pura o por la anarquía y que no convendrían sino a una sociedad de santos, obedientes espontáneamente a la ley. Las dictaduras se legitiman tan sólo como medios para la restauración del orden, bien que son incapaces de asegurarlo de modo permanente.

Es imposible hallar el orden fuera de una disciplina interior que es la que lo garantiza. Para que la obediencia sea sincera, total y perpetua, ha de estar libremente consentida por el sér y reconocida por él como buena, justa y necesaria. Mas, la disciplina interior con el orden que ella engendra, esa disciplina que, dejando de ser interior, dejaría de ser disciplina, necesita a su turno para desarrollarse y mantenerse de una autoridad externa a ella, de una regla, de una ley, de una norma que no dependa de ella pero de la cual ella dependa, con la condición sí de que la autoridad, cuyo fin es la libertad, no imponga al hombre racional y libre sino el bien propio del hombre, un bien que la autoridad misma está en mejor capacidad que el hombre para reconocer y realizar. Y ello no puede ser obra sino de una autoridad superior, absoluta, que coincida con la ley, fundamento de toda autoridad y de toda libertad.

Lo *interior* y lo *exterior*, dos aspectos complementarios del sér, se concilian en lo *superior* que indica el fin, interno y externo a un tiempo, a que el sér debe tender. El orden propiamente humano sólo se realiza en un plano superior.

Síguese de lo dicho que una disciplina interior no puede ser concebida como la "autonomía" de la persona, en un sen-

tido kantiano, ni como la regla que se da el hombre libremente a sí mismo. Propiamente hablando, eso no es la personalidad noumenal o ideal que se le impone a la personalidad empírica o sensible. Nuestra personalidad ideal no está en nosotros; en igual sentido, ella no es nosotros: ella está en el pensamiento de quien nos ha dado el sér; está en Dios en quien ella sólo es eminentemente nosotros, como la idea creadora de nuestro sér creado, como la norma de nuestra conducta, como el modelo al que tenemos que esforzarnos por llegar y con el que, si es posible, hemos de coincidir.

Es, pues, del Sér de donde procede nuestra vida. Hacerla derivar de otra fuente y aún de nosotros, que tan poco pesamos, es, en fin de cuentas, hacerla proceder de un no ser o de la nada. Y esto, sin reato alguno, es lo que, a diversos títulos, proclaman Hegel y los evolucionistas. Pero es verdad primordial, congénita a la razón, —que no sabría negarla sin negarse a sí misma— la de que el sér no puede proceder de la nada o, para hablar con Descartes, la que *de nada nada se hace*. Esa nada de donde el siglo XIX pretendía deducir el sér y los seres, sustituyendo a Dios, su creador; esa nada, diferente de la nada de los místicos, que no es la negación de los límites; esa nada, según demostración de Bergson, es una pseudo-idea, pero una pseudo-idea que ha pesado gravemente sobre nuestro pensamiento, que ha inspirado a la demagogía y a la falsa ciencia y de la que debemos librarnos como de la peor de las tiranías intelectuales y espirituales.

* * *

Según Descartes, después de negar a Dios ningún error hay más perjudicial que el de negar la inmortalidad del alma o, siguiendo las palabras del "*Discurso del Método*", nada hay que "más aleje a los espíritus débiles del recto camino de la virtud como suponer que el alma de los animales sea de igual naturaleza a la nuestra y que, a la manera de las moscas o de las hormigas, nada hemos de temer ni de esperar más allá de esta vida".

En verdad, ambos errores marchan tan estrechamente unidos que constituyen uno solo. Quienes pretenden arrebatarse al corazón humano sus instintos religiosos atentan a

un mismo tiempo contra la creencia en Dios y en una vida futura, o sea, contra la creencia en el *más allá* del pensamiento y de la vida del hombre. Y, como en la supervivencia personal es donde se expresa en forma más impresionante la fe del hombre en el más allá, allí también radica la herida más grave y mortal. Y tenemos al campesino español a quien don Miguel de Unamuno trataba de explicar ese Dios impersonal de los modernos panteístas, ese Dios existente quizás en idea pero cuya supervivencia no sabría afirmar el hombre, tenemos al campesino que exclama: “¿Para qué entonces Dios...” Sí, ¿de qué serviría entonces El?... Con gran precisión me lo decía no ha mucho tiempo en Chateauroux una hija del pueblo: “Todo el mal reside en que ya no se cree en la otra vida”. Eso es lo cierto. La decadencia de nuestra civilización camina a la par con la extinción de la creencia en el más allá. La irreligión que vivimos halla su principio en la máxima de: todo en esta vida. Y como es imposible prometerse ese todo al individuo, la promesa se le hace a la humanidad. Del individuo se pide un sacrificio y un sacrificio sin compensación, ya que más allá estará ausente el individuo para recibir el pago de su trabajo. Pero, solicitado el sacrificio al pueblo, el pueblo sí parece aceptarlo, aunque cada cual, dentro del interés tan propio de la naturaleza humana, de la razón y de la justicia, pida y apetezca inútilmente obtenerlo todo de una vez.

En relación con el más allá, ese todo no se exige sino que se espera, y no de seguida que sí para más tarde. Porque esperar es *contar con* y la moralidad nace del deseo diferido, como nace y vive el pensamiento humano del más allá que lo solicita y estimula hasta lo infinito y sin el cual se paraliza, se concentra o se extravía.

Por lo demás, ese todo prometido y esperado, ese todo existente fuera del tiempo, del espacio y de lo finito, no consiste en un bien material cuya posesión es imposible sin menoscabo de los demás; es un todo espiritual que se multiplica dividiéndose, como el amor de las madres, y se posee sin despojo ni mengua para el resto de la humanidad. Los bienes prometidos a los hombres por quienes niegan la otra vida, son gérmenes de división y de guerra; aquello en que

confía quien cree en el más allá procura a las almas la paz en la justicia.

No es cierto, pues, decir, en són de ataque, que la fe en el más allá conduzca al interés y sancione las injusticias de la tierra. Si ella habla de interés, es dentro de indispensables, justos, legítimos y humanos límites. Pero, sublimado y puesto en un plano trascendente, el interés de cada uno se funda en el renunciamiento a todo lo que con tal nombre se designa y que, en lugar de unirlos, divide a los hombres. En una palabra, el interés de cada cual está en cumplir con el deber y realizar la justicia.

Todos los grandes filósofos, desde Platón hasta Descartes y Pascal, desde Berkeley y Kant hasta Bergson y William James, han proclamado la necesidad del más allá en el hombre, su exigencia por la razón y su *existencia*, como una conclusión a las imperfecciones e injusticias de la vida presente. El perfeccionamiento y la justicia o, si se quiere, el cumplimiento de su destino, constituyen el doble y único instinto de la humanidad, el instinto fundamental de donde proceden los demás, un instinto que, en verdad, no puede ser frustrado, si es cierto, que nada vano obra la naturaleza, que ella hace bien todas las cosas y que los instintos naturales, desde el de reproducción hasta el de supervivencia, corresponden a objetos que están en sus fines.

Y esas cuestiones son reconocidas por filósofos como Aristóteles y Spinoza, que tan ajenos parecen a ellas. Porque Aristóteles vio que, de materia en formas, el mundo se vuelve en último término a Dios, que lo cubre todo; y Spinoza se convenció de que, en el fondo, esa conversión es idéntica a la procesión, de que el movimiento que lleva el alma a Dios coincide con aquél por el que Dios se inclina sobre el alma. Bien es cierto que ambos filósofos nos procuran la manera de corregirlos, pero para que su precepto de “inmortalizarse” y para que su “amor intelectual de Dios” revistieran la forma superior del sér, que reside en la personalidad, a ellos les hizo falta la idea exacta de la memoria espiritual del hombre o del *reconocimiento* del alma en Dios.

Mas, si los filósofos sí han atendido al punto sobre que descansa el secreto de nuestra naturaleza y de nuestro des-

tino, no así quienes hacen profesión de la filosofía, los cuales le han negado muchas veces. De allí que se escuchen entre los discípulos de los sabios tantas fórmulas vacías de espíritu. Al lado de la tradición humana, ellos han construído artificiosamente una tradición filosófica que guarda de cada doctrina sólo las negaciones que abran campo a las afirmaciones finales. Tenía, pues, grandísima razón Descartes en desconfiar de lo que pudiera hacérsele decir y acertó en su previsión de no hacer hincapié en la duda ni siquiera en el *Cogito* que amenazaba al pensamiento con el escepticismo o el idealismo, deteniéndole así en el impulso que, naturalmente, lo lleva a Dios y al más allá.

Quizás se nos pueda objetar que las consideraciones hechas, si valen para el individuo, nada dicen para la ciudad; podrá argumentarsenos también que la política es de este mundo y que ella no ha menester de perspectivas trascendentes. Ciertamente: la Ciudad humana no posee un más allá, siendo superada en tal forma por los individuos que sí lo tienen. Por eso precisamente las sociedades no existen sino para el individuo. Pero, si la ciudad no tiene un más allá, los hombres que la gobiernan sí lo poseen y, en no teniendo o portándose como ajenos a él, los hombres no gobernarían la sociedad sino que la explotarían. Desde los tiempos de San Luis hasta el nuestro quienes han dirigido bien a su pueblo, quienes le han asegurado el orden con la justicia, por sobre los escollos de la tiranía y la anarquía, todos han esperado en una justicia trascendente, sin ceder a la tentación de procurarla acá en la tierra.

JACQUES CHEVALIER

Decano y Profesor en la Universidad de Grenoble.